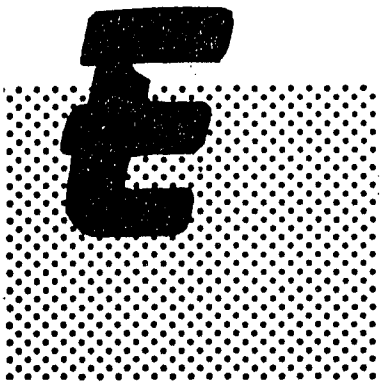

n el fondo el poeta es un "peregrino" de palabras y un rastreador de sorpresas. Cuando tiene la fortuna de encontrarse delante de cualquiera de estas últimas, se turba, como un niño que advierte el inefable y misterioso temblor de la inocencia, y se afana por rebuscar en el zurrón de su lenguaje aquel vocablo en que pueda caber siquiera sea algo de ese tumulto de pasión desabrochada. Unas veces lo logra, otras no. Es muy difícil el quehacer poético. Hay que estar previamente "elegidos" por la poesía para conseguir el ajuste entre forma y contenido. Ambos son esenciales. El "peregrino" de palabras que es el poeta sabe perfectamente que, en realidad, no existe "a priori" un vocabulario intrínsecamente lírico. Todos los verbos, todos los adjetivos, todos los nombres pueden, en cualquier instante, arder; pero, ay, cuándo y cómo hallar a mano, y de súbito, la llama que los queme con su fuego sagrado que, como el de la zarza bíblica, no se consuma. Aquí reside lo arduo de la tarea, porque no toda "inspiración" cabe en cualquier palabra. De ahí la necesidad del rastreo lírico, del esfuerzo sobrehumano, casi sobrenatural y religioso del buscador de sorpresas. La tarea del poeta tiene mucho de milagro, de arrebatado encantamiento, de éxtasis infinito. Muchos hombres dominan magistralmente el idioma, viven experiencias interiores muy ahondadoras y virginales, pero son incapaces de elevar el vuelo un verso. No es cuestión de normas, reglas, estructuras, preceptivas, recetarios, sino, sobre todo, de exaltación y exultación, de religiosidad "sui generis". La poesía es una forma de religión, y esta es verdadera cuando nos conduce, de la mano, delicada o fuertemente, a la cima del entusiasmo, allá donde los seres se desnudan de cotidianidad tópica, de adherencias extralíricas. En todas las cosas hay poesía. Ellas en sí son evocadoras, llevan dentro una posibilidad de "revelación", son portadoras de mensaje, cantan y encantan por dentro, son espejos delante de los cuales es posible reconocerse; pero no todos poseen la clave. Se requiere lograr extraer de lo visible lo invisible, saber escuchar entre las voces una, eliminar todo cuanto es común, repetido, manoseado. Y bucear en los orígenes. Se es original cuando se siente uno depositario de la gracia inmerecida y gloriosa de adentrarse en los principios, allá donde las aguas primerizas son movidas por el espíritu. El poeta no es un simple vociferador de sentimientos vacíos o de palabras huecas, ni un vendedor de mercancías oportunistas, saldos de ocasión, rebajas de enero, halagos superficiales, cosquillas al oído. El poeta viene y va por la raya del desconcierto, fronteriza su travesía por el universo de las divinidades, pero hombre al fin entre cielo y tierra, solitario en su soledad diferente, gratuito y necesario, hijo de su pueblo y exiliado de su tribu, emparentado, sí, con los hombres y mujeres que, como él, forman una comunidad de futuro, llevan entre las manos el despropósito del anhelo del más, la añoranza interminable del universo nuevo, de los ventanales de par en par a la utopía. Todas las procesiones individuales de

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cardo de bronce, El. #12, 12/1987.